



EL LEÓN.—Que, ¿nos comemos a ése?

EL OTRO.—No; hoy me pide el cuerpo una señora.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TOVAR. Madrid.

Los famosos polvos insecticidas **LEYER Y COMP.**^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



Como de costumbre en unos caballeros tan espléndidos como nosotros, el premio será de

Nuestros concursos

El del mes de abril

Tercera lista de solucionistas

Federico del Río.—Zaragoza.
Juan Arment.—Barcelona.
L. F. Díaz.—Madrid.
Arsenio Campo.—Jaén.
P. Gómez Abad.—Ciudad Real.
Luis Parrondo.—Madrid.
Emilio Cáceres.—Segovia.
José Acuña.—Teruel.
Amelia Soler.—Valencia.
Lucio Anguesa.—Barcelona.
Alfredo Domínguez.—Madrid.
Antonio Soto.—Madrid.
José Valcárcel.—Santander.
Julián Artola.—Coruña.
Alejandro Correa.—Teruel.
María Abelló.—Barcelona.
Pedro Albert.—Valencia.
Emiliano Puig.—Madrid.
José Zurita.—Logroño.
Hugo Santos.—Gerona.

Antonio Pedrol.—Madrid.
Eldemiro Acero.—Toledo.
José Márquez.—Valladolid.
Adela Flores.—Santiago.
Evelio San Martín.—Santa Cruz de Tenerife.
Emilio Palomeque.—Cuenca.
Rosa Aldrada.—Tortosa.
Fernando Núñez.—Madrid.
Luis Solá.—Badajoz.
Pío Pérez.—Madrid.
Victoria Keral.—Pamplona.
Alberico Andrada.—Soria.
Ruperto Hinojar.—Córdoba.
José García.—Albacete.
Luis Fernández.—Madrid.
Fermín Dejuan.—Madrid.
Manuel San Miguel.—Bilbao.
Pedro Prieto.—Logroño.
Ricardo Tapia.—Chiclana.

Juan M. Tuero.—San Sebastián.
Margarita Salazar.—Madrid.
Aquilino Bermúdez.—Madrid.
Alfredo Gargoso.—Barcelona.
Eduardo Ferrer.—Murcia.
Demetrio Meana.—Gijón.
Armando Paz.—Madrid.
Juan Mercader.—Sigüenza.
María Artiga.—San Sebastián.
Torcuato Reyes.—Madrid.
Asunción Sánchez.—Guadalajara.
Benito Arcal.—Madrid.
Arturito S. G.—Barcelona.
Sebastián Dalmau.—Tarragona.
Enrique Salazar.—Sevilla.
Eustaquio Cerrada.—Madrid.
Joaquín Marzo.—Málaga.
Ricardo Costa.—Santander.
Luis García.—Badalona.
Luis Mora.—Zaragoza.
Antoñito Sampelayo.—Barbastro.

Nuestro concurso de CUENTOS HUMORISTICOS

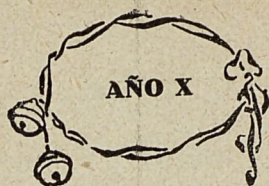
Primera lista de concursantes

1.—Un guardia inteligente.—«Cer-vantes».
2.—El estudiante y la patrona.—«Mil».
3.—¡Olé y olé!—«Un castizo».
4.—¡A los toros, a los toros!—«Ma-nolo».
5.—La novia.—«1567».
6.—Yo soy un gran periodista.—«Yo».
7.—De actualidad.—«Agosto».
8.—El que tiene un palomo....—«Se-villa».
9.—El monaguillo.—«Muñequita».
10.—El chaleco de boda.—«Un gato».
11.—El místico miopo o ¿qué tie usted, don Gustavo?—«Oro».
12.—Varieté.—«Un artista».
13.—La maja desnuda.—«Albacete».
14.—¡Amor, amor!—«Guerra».
15.—De cómo me llamo Juan.—«Juan».
16.—El alcalde singular.—«¡Oh!»
17.—Curiosidades.—«Cronos».

18.—Circuendéz, radioescucha.—«1928».
19.—El guardia bueno.—«Kikiritiá-gara».
20.—Una desgracia horrible.—«Mara-caibo».
21.—Fenómenos humanos. — «Mue-cas».
22.—Unos juegos florales, contados por un analfabeto.—«Alcorcón».
23.—Cosas de la villa.—«El abate San Román».
24.—Puntos y comas.—«El abate San Román».
25.—Crónica veraniega. — «El abate San Román».
26.—A + B = C.—«Oratio».
27.—La máquina romántica. — «Sa-nana».
28.—El sermón. — «Licenciado Vi-driera».
29.—El usurpador y el borracho.—«Cara de plata».

30.—¿Seré de la segunda especie?—«Buenhumoreando en Madrid».
31.—Historia de un mal hijo.—«Au-tos».
32.—El debut de Cerote. — «Argen-tina».
33.—El fracaso.—«Fischer And Her-mant».
34.—¡Mi hija quiere ser peliculera!—«Carmen, en Hollywood».
35.—Reportaje festivo.—«Rotativa».
36.—Del reino de Lucifer o el sueño de una vedette.—«Cestona».
37.—El amor en la playa.—«Celia».
38.—Dirección única.—«Plus Ultra».
39.—La receta.—«Doctor Sama... ri-tano».
40.—El atleta.—«Fuerza».
41.—El pretendiente.—«Pelillos a la mar».

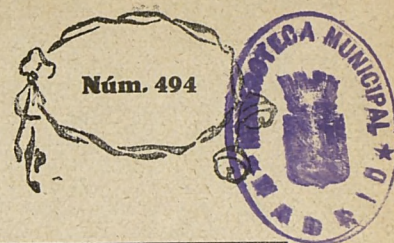
(Continuará en el próximo número.)



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 21 de junio de 1931



HISTORIA DE UN VAGO FORMIDABLE

Difícilmente, mejor dicho, imposiblemente, habría manera de encontrar en la Tierra, y hasta en el mismísimo Marte, hombre más holgazán que Anacleto Cansino. Este honorable sujeto alimentaba la convicción de que el trabajo es un estigma infamante de la humanidad, y de que las reivindicaciones obreras y de las otras no estribaban en la jornada de ocho horas, sino en la jornada de ninguna, o de ninguna menos un minuto que todavía es mejor.

Anacleto Cansino, por tanto, era vago por naturaleza, vago por convencimiento, vago por idiosincrasia y vago porque le salía de las narices. Sentía admiración sin límites por los coches del expreso de Hendaya, sin más razón para admirarles que el hecho de que fueran vagones. La mariposa vagando de flor en flor le producía deliquios de entusiasmo, y cuando un orador explanaba una vaga idea, le dedicaba el fervor de su enternecimiento y la expresión de su gratitud en forma, si no de aplauso, porque aplaudir significa un trabajo fatigoso, de sonrisa aprobatoria y dulcísima.

Este hombre impecable y estupendo hubiese sido completamente y densamente feliz a no haber tenido necesidad de ganarse la vida y, por lo tanto, de trabajar algo, o por lo menos de fingir que trabajaba, que no es lo mismo, aunque lo paguen igual. Claro es que Anacleto procuró siempre elegir profesiones de esas en que no se suda ni una leve gota y se dió maña para llevar la contraria a la sentencia bíblica que dice que para ganar el pan hay que sudar pez por la frente. Anacleto no sudaba ni por el cogote, a pesar de lo cual se comía cada libreta que era un escándalo.

Cansino fué guardia municipal hasta que se inventó lo de la porra y le del pito. En tal momento, dijo que tocase el pito Rita y se fué a su casa, se quedó en camiseta y se sentó al balcón junto a un botijo; y mientras tocaba el pito Rita, él mitigó sus fatigas con el pitorrito.

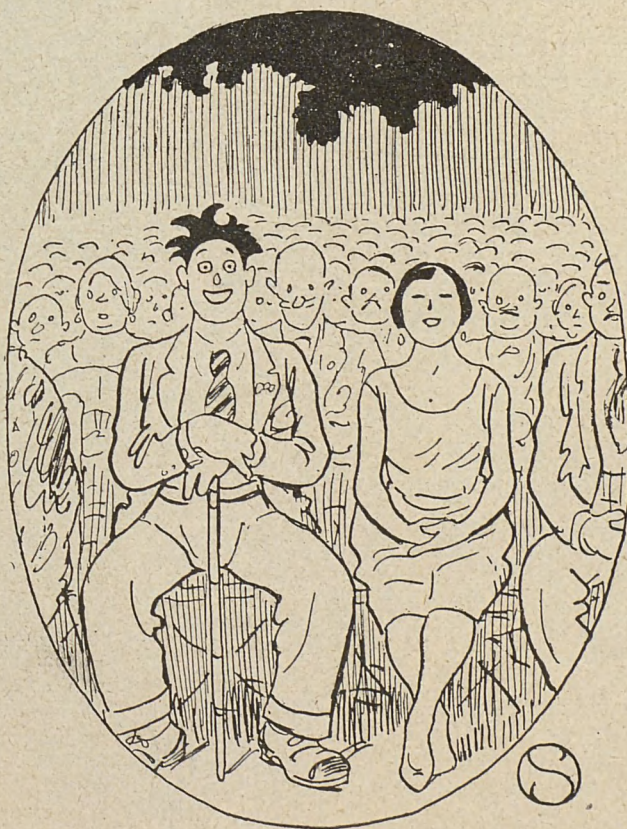
Hubo que pensar en otra cosa y Anacleto, que tenía alma de guardia, se hizo ídem de seguridad, dispuesto a no prestar servicio más que en las plataformas de los tranvías. No hizo nada que le cansase lo más mínimo durante siete años (medio año más de quietud que los demás guardias); pero al séptimo le pasó lo contrario que al Padre Eterno, que, como saben ustedes, el séptimo des-

cansó. Anacleto tuvo el infortunio de que precisamente el séptimo empezó a cansarse... Una algarada estudiantil, dos borrachos que tuvo que conducir en brazos a la Comisaría, y una carta que le encargó un inspector que le llevase desde la calle de Carretas a la Puerta del Sol, colmaron la medida de sus posibilidades dinámicas y le hicieron presentar una dimisión rápida, furibunda y más irrevocable que las fachadas de las casas con caseros avaros.

Anacleto, pues, entregó su uniforme, devolvió el casco, y tornó a sentarse junto al consolador botijo, dispuesto a no aceptar más ocupaciones que las que realmente fueran desocupaciones. Mucho meditó, buscando la solución de trabajar en una cosa que no le diera ningún trabajo; pero, por más vueltas que le daba a la charada, el final era más desalentador y pesimista que una rima de Bécquer.

De todos modos, Cansino fué sucesivamente hombre-anuncio, encargado de un ascensor del «Metro» (que como sólo funcionaba una vez a la semana, le resultaba un trabajo casi cómodo) y repartidor del *Diario Universal*, que ya saben ustedes que no tiene más suscriptores que Romanones y Brocas. Y, sin embargo, Anacleto se sentía desfallecer de fatiga y suspiraba por algo menos pesado y más fácil de realizar.

Un día cayó enfermo, de cierto cuidado. Ya calcularán ustedes que un hombre como nuestro héroe no podía tener más enfermedad que la que tuvo: un *asiento*. No obstante, no se conformó con tener un asiento y se fué a la cama, que era sitio más agradable. En ella estuvo ocho meses y esto fué su salvación, porque entre los amigos que le visitaron, alarmados por dolencia tan larga, figuró un



Dib. SILENO.

íntimo, al cual confesó la causa de sus cuitas y del cual le vino la solución del pavoroso problema que tanto tiempo le había preocupado.

—Mira, Doroteo—dijo Cansino al visitante—, mi enfermedad es incurable. Me muero de cansancio. Si yo no encuentro alguna colocación que no destruya mi organismo, estoy más perdido que García Prieto.

—Me parece que te desesperas demasiado pronto—contestó Doroteo—. Hay trabajos que pueden convenirte.

—Si son *trabajos*, ¡para el gato!—bramó Anacleto con indignación.

—Les llamo trabajos por galante-

ría—añadió Doroteo—. Seguramente tú no has pensado que podrías ganarte la vida haciendo agujeros para flautas o entrando en una barbería para cortar el pelo a los parroquianos calvos o siendo verdugo de Orense... Nada de eso te fatigaría, respondo de ello.

—¡No me conviene!—volvió a rugir Anacleto—. Yo no he nacido ni para mover un dedo. Necesito algo más descansado todavía.

Doroteo pareció conmovirse y dijo de pronto:

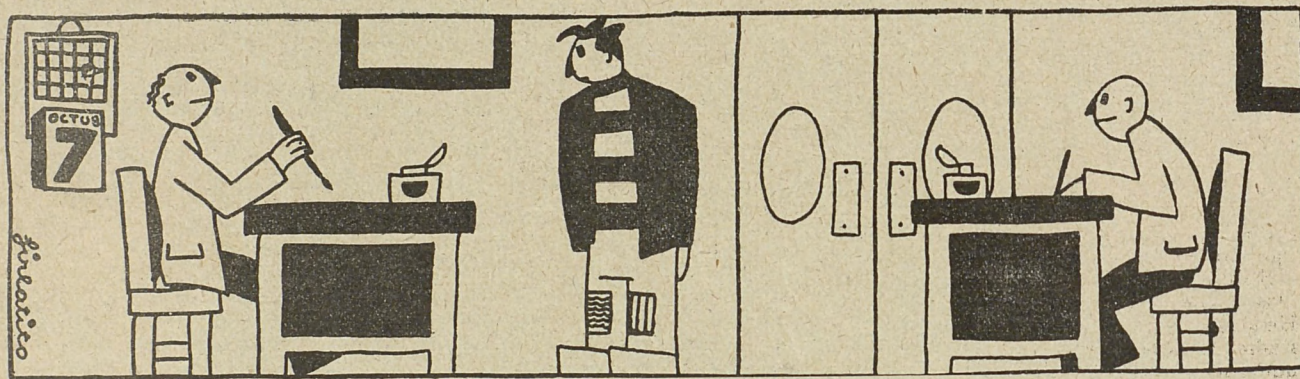
—Algo hay, que es una verdadera ganga; pero temo que te aburras

demasiado. Sin embargo, si estás decidido a no trabajar ni gota, te prometo que en el oficio que te voy a proponer lo conseguirás con creces.

—¡¡Habla!!—pidió Anacleto, con rabiosa emoción—. ¿Qué oficio es ese? ¿Qué ganga es la que dices?

—¡¡Sencilísimo!! ¡¡Colócate de mecanógrafo en el despacho de Bugallal, para contestar las cartas de adhesión monárquica que se recibían!! ¡¡Y yo te juro por la gloria de mi amantísima y desapercibida madre, que no tienes que hacer absolutamente nada!!...

ERNESTO POLO



El mozo: —Don José, tenía que ir esta tarde de compras con mi mujer.

El jefe: —¡Imposible!

El mozo: —Gracias, señor.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.

¡TOMEMOSLO A CHUFLA!

No preguntes, ¡oh Fabio!, lo que ocurre por el mundo estos días primavéreos. Son ya tantos los hechos peregrinos que doquier surgen hoy; tanta sorpresa tiene hoy día suspensos y turbados los ánimos más fuertes y tranquilos, que la miaja de juicio que conservo a esfumarse comienza. Las celdillas cerebrales, merced a la lectura de tanto y tanto absurdo, se escacharran, y la substancia gris, que en parca dosis guardaron hasta el día, ya es vinagre.

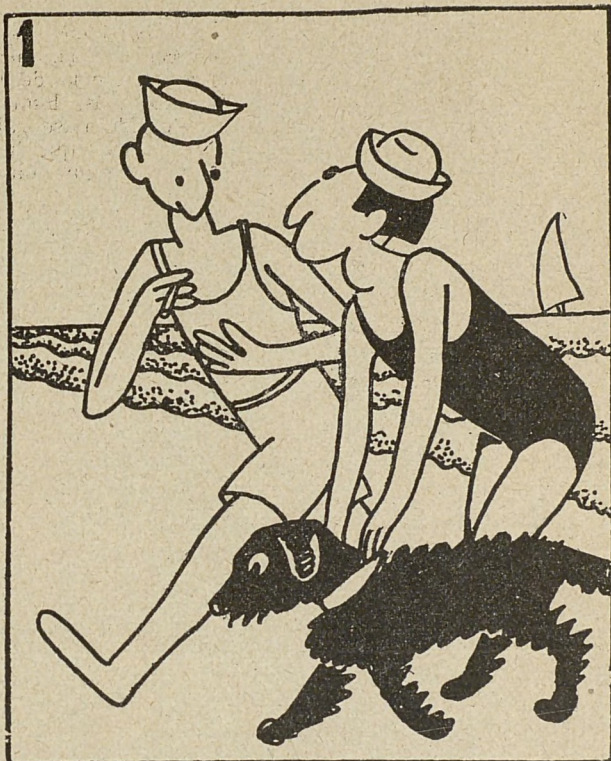
¡Sí, Fabio; tan confusas las ideas a mí llegando están, que a ver no acierto si son las señoritas del conjunto las que pueden optar por el retiro, ni si son los bizarros oficiales los que cantan revistas en Romea, ni si algunas mamás rezaron preces por las víctimas, ¡ay!, de los sucesos. ni si son ciertos curas los que ha poco soltaron tres a tres las criaturas, ni si, en fin, mi tendero es quien en grave

e importantes cuestiones dictamina y el Consejo de Estado es el que vende las lentejas a treinta el medio kilo. De tal modo en mi mente se rebullen Fletas, Zamoras, Xirgus y Lalandas, Mauras, Seguras, Bonafés y Francos, que mi pobre cerebro se parece a esas planas que en pisto formidable traen casas de pupilos, funerarias, hernias, píldoras, perros extraviados, nodrizas y academias, entre objetos de goma, dulces, discos y difuntos...

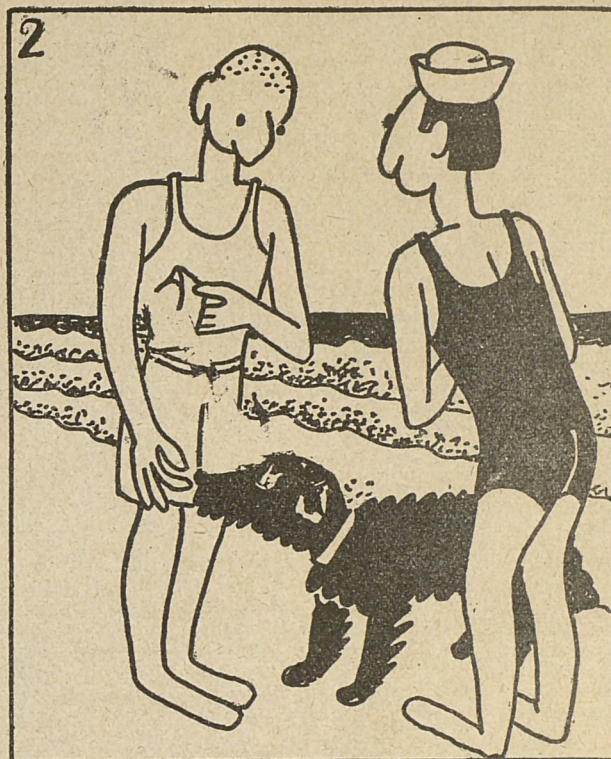
Así estamos, ¡oh Fabio!, Mas te digo que antes de separarme de estas luchas, marchándome a una dehesa para siempre o ingresando en un triste manicomio, me prometo seguir, como hasta ahora, sin tomar más que a chunga cuanto surge de esta vida fugaz tan decantada. ¡Tomar la vida en serio!... ¡Qué primada!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

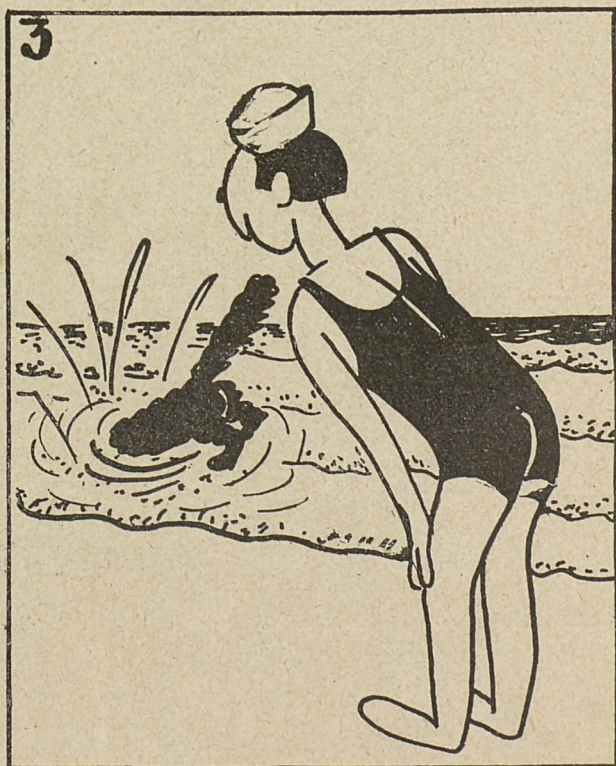
UN BUEN PERRO.-Historieta de Fuente



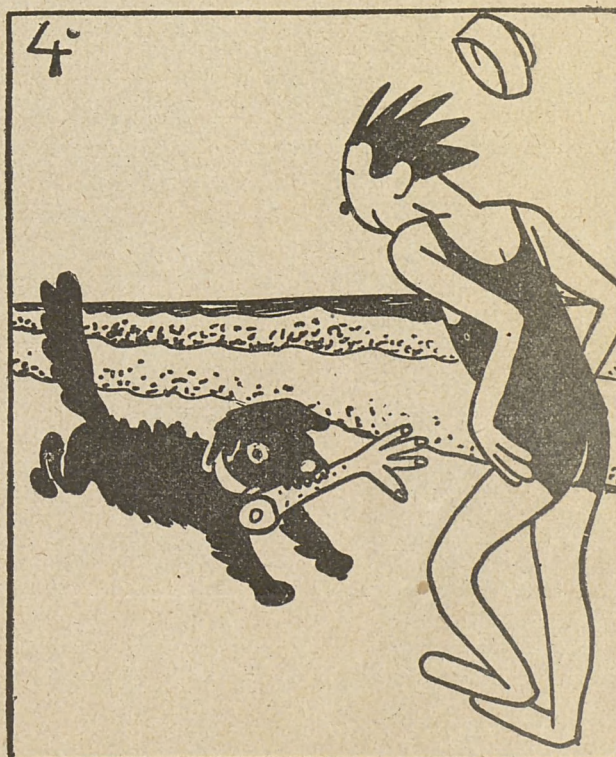
—Chico, es un perro estupendo; ha sacado ya del agua a tres personas.



—Tírate tú, y verás...



—¿...?



—¡!!!...!!!

COMO CONOCI A LOHENGRIN

Fué hace muchos años.

Cuando el Teatro Real vivía, y no había tenido aún vómitos de piedras ni temblores de senectud.

Yo fui con unos amigos. Se representaba «Lohengrin», la conocida ópera de Ricardo Wagner. Estuvimos muy contentos toda la noche, y cuando la obra acabó abandonamos el teatro, y nos dirigimos a un «bar» cercano. Bebimos. Era la una y media.

La noche era hermosa. La luna descansaba su sandía de luz en los colchones de unas nubes blancas, de algodón. En la vecina Plaza de Oriente, las estatuas de los reyes godos parecían monumentos de nieve modelados por manos infantiles. Hasta nosotros, nadando por el aire, llegaba el agudo silbido de una locomotora, que parecía avisarnos así su viaje hasta el mar gris de nuestras playas nortefías.

Eran las dos y media de la madrugada. Seguíamos bebiendo.

Pese a lo avanzado de la hora, se notaba animación por la calle; se oían música, y gritos que querían ser canciones.

Salimos del «bar». Nos despedimos muy finos cuatro o cinco veces. Paternalmente dimos un beso a una de las estatuas regias, y nos separamos al fin.

Yo, al quedarme solo, me eché a reír y empecé a contar las ventanas de una casa próxima, que parecía sonreírme con el hueco de su puerta. Repentinamente me puse serio y me dije:

—Alfredo...

—¿Qué?—me respondí.

—Hay que ir a casa—volví a decirme.

—Bueno. Vamos.

Y me dirigí a la Plaza de Isabel II. Pero cuando pasaba por el Teatro

Real, dentro del cual había estado horas antes, me detuve bruscamente. Algo se movía en el quicio de una puerta. Di dos pasos más. Esta vez la figura se levantó. Me puse pálido y retrocedí los dos pasos que había avanzado. Ante mí se erguía un ser indescriptible.

—Buenas noches—me dijo.

—Sí, señor—le contesté sin saber lo que decía.

Debí de decir luego alguna tontería, porque se echó a reír. Y entonces me pidió un cigarro. Se lo di.

—Deme para encenderlo—me pidió.

—Es verdad—le contesté dándole tres o cuatro cigarros más.

—Una cerilla—me insistió él.

Estuve a punto de echarme a llorar. No tenía cerillas, y así se lo dije. Me consoló.

—No importa: ya encontraremos lumbre.



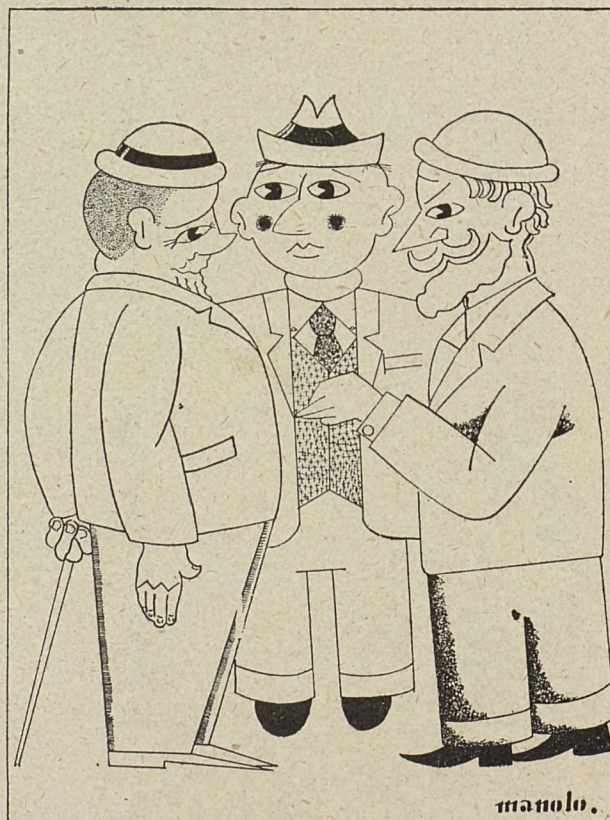
—Chica, me parece muy mal que hayas aceptado las relaciones de Enrique. No tiene posición.

—Es verdad; pero le espera un porvenir brillante.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¡Casarse conmigo!

Dib. CARBONERAS.—Valencia,



—Y ¿por qué ha amonestado el bibliotecario del Círculo al doctor Pérez?

—Porque le sorprendió, en un momento de distracción, arrancando el apéndice del tomo que estaba leyendo.

Dib. MANOLO.—Madrid,

—Y si no la encontramos—dije yo—aquí tengo un encendedor mecánico. Cerillas no tengo, pero mechero, sí.

El se me quedó mirando. Yo bajé los ojos, y le di el encendedor. A los seis minutos de esfuerzo por parte de los dos, surgió la llama. Di un grito. Había reconocido a la persona con quien estaba.

—¿Qué le pasa a usted?—me dijo, ¿se siente usted mal?

—No, nada. Gracias—contesté—. Es que... he visto que... usted es...

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué?

—Usted es... Lohengrin.

—Sí, señor.

—¡Oh!, ¿cómo no le habré reconocido antes con su yelmo y su cota y su capa blanca como un campo suizo en invierno?

—¡Calle usted! ¡No conviene que nos oigan!—me interrumpió.

—¡Chist!...—me grité a mí mismo.

—¿Qué hora es?—me preguntó de pronto.

—¡Las tres!—le dije, y me puse a cantar el tango de ese título.

—¡Silencio!—me chilló en voz baja.

—¡¡Chist!...—volví a imponerme.

Lohengrin guardó silencio. Yo guardé el reloj. Luego le dije:

—¿Cómo está su papá don Parsifal?

—Bien, gracias—me respondió.

—¿Y cómo está usted aquí, en Madrid?

—De paso. He venido sólo a oírme.

—Yo también le he oído esta noche.

—Es que yo no me conocía.

—¿No?

—No. Sabía que me cantaban en muchos sitios, pero no me había oído nunca. Esta noche me he oído por primera vez.

—¿Y qué se ha parecido usted?

—Que soy muy bonito. Tengo un preludio precioso.

—¿Dónde?

—Antes de empezar.

—¿Le gusta a usted su «racconto»?

—¿Mi qué?

—Su «racconto». Aquello de...

Y me puse a dar horribles chillidos.

—¡¡Silencio!!—gritó Lohengrin.

—¡¡Chist!!!—me mandé callar. Luego le pregunté:

—¿Ha venido usted de incógnito?

—Sí.

—¿Y nadie le ha reconocido a pesar del traje?

—No.

—Idiota.

—¿Quién?

—La gente. Era muy fácil conocerle a usted.

—¡Ah!

—¿Ha llegado usted solo?

—Completamente solo.

—¿No ha vuelto usted a ver a Elsa?

—¿A cuál?

—A Elsa.

Lohengrin miró a su alrededor.

—Pero ¿a cuál?

—A Elsa, su esposa.

—¡Ah, ya!... ¡Mi esposa!

—¡Claro! ¿No la ha vuelto a ver?

—No. Dejé a Elsa por otra.

—¡Caray, eso no lo sabía yo!

—Pues así fué. La dejé por una castellana guapísima que conocí en Valladolid. Me llevó hasta allí mi cisme, en un paseo por el río.

—Sí; ya sé que el paseo del Cisne termina en la Castellana.

Los dos, nos reímos del chiste. Lohengrin quiso darme la mano, pero después de diez minutos de vanos esfuerzos tuvimos que dejarlo.

Después echamos los dos a andar hacia la Puerta del Sol. La gente nos



—¡No vales ni para hacer el oso!

—Pues, hijo, tú haces perfectamente el indio.

Dib. FERSAL. Madrid.

miraba y se reía. Yo, orgulloso, mostraba a mi acompañante a todo el mundo. A un guardia le dije, enfáticamente y señalando a mi amigo:

—¡Lohengrin!...

El guardia me señaló un cartel donde se leía:

PROHIBIDO BLASFEMAR
SIN MOTIVO

y me amenazó con llevarme a la Comisaría si decía esas cosas. Le llamé ignorante, y luego saludé a un anun-

cio luminoso que se quitaba el sombrero.

Lohengrin estaba muy locuaz. Me contó toda su vida y sus penalidades. Me dijo que había perdido su cisne y que estaba desesperado. Le consolé y quise distraerle hablando de toros. Pero cuando me dijo que el mejor torero que había habido era un tal «el Espartero», que era matador de toros y general del ejército, fui yo el que renunció a toda conversación taurófila.

Seguimos caminando. Lohengrin hablaba sin parar. Eran cerca de las

cuatro. No había luces apenas en las calles y teníamos que ir del brazo para no caer y para protegernos contra los ataques de los faroles. Al desembocar en una calle vimos un escaparate aun encendido. Nos acercamos curiosos. Pero al llegar, mi amigo retrocedió dos pasos, se tambaleó y, por último, rompió a llorar amargamente, sentándose en el borde de la acera.

Me quedé asombrado y miré el escaparate. Era de una tienda de objetos de escritorio. Y lo comprendí todo perfectamente.

Allí estaba el cisne de Lohengrin, anunciando una pluma estilográfica.

Me senté en la acera y me puse a llorar con mi amigo.

Entonces él me confesó una cosa al oído. No tenía dinero, y, además, la pena de ver así a su pobre cisne le quitaba la gana de trabajar. Olía a vino. Le di diez duros. Me besó las manos. Apeataba a vino.

Nos levantamos y nos despedimos. Me dió un abrazo. Olía de un modo nauseabundo a vino.

Se alejó por fin. Volvió para citarme al día siguiente en el Real. Asentí como los caballos de los entierros. Se fué diciéndome adiós con el pañuelo.

Yo pensé:

—¡Si Ricardo Wagner levantara la cabeza!...

Y después añadí:

—¡Alfredo! : ¡la vida es un asco!...

Y convencido de mi profunda filosofía me fui a casa. El sereno me acompañó hasta arriba muy fino. Le di las gracias reconociéndome. Entré en mi cuarto y me acosté vestido, poniéndome el «pyjama» sobre «smoking».

* * *

A la mañana siguiente, desde la cama, oí decir a mi madre:

—Este Carnaval cada vez está más desanimado. Ayer apenas se vieron máscaras.

Y comprendí la realidad. Me dolían dos cosas: la cabeza y el haber dado diez duros a Lohengrin...

Pedí los periódicos, y la primera fotografía que vi fué la de mi nocturno amigo, con el texto siguiente: «El conde de Bellísimas Vistas, con su precioso disfraz de Lohengrin, que tanto ha llamado la atención.»

Tiré el periódico. Me puse paños en la cabeza, y juré apartarme de la bebida.

—Si le parece, señorita, hablaré a su mamá...

—Haga usted lo que quiera; pero dudo que mamá quiera volver a casarse.

Dib. BUSCARINI. Roma.

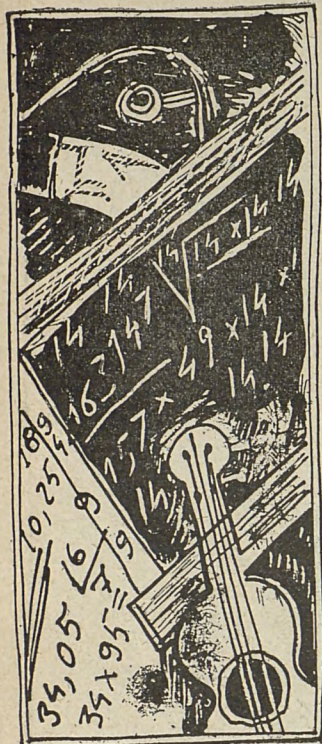
ALFREDO MATILLA.





—Yo creí, señorita, que era usted natural del país.
 —No, señor; soy hija de Brujas.
 —¡Ah! Ahora comprendo por qué me tiene usted hechizado.

Dibujo de CASTANY.—Barcelona



Vía libre.



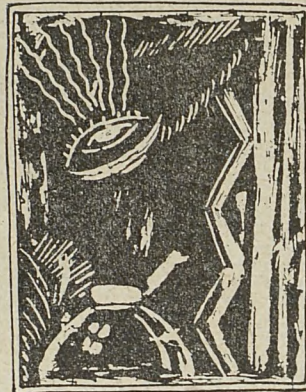
El jefe de estación.



Túnel y puente.



Pases y billetes.



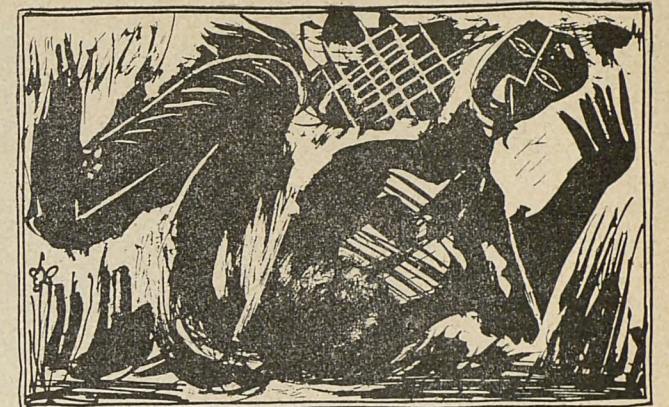
Los novios.



Los compañeros de viaje.



La guardabarera.



Los tubos del telégrafo.

LOS NUEVOS POETAS

(AIDRANGNAV ED SOSREV)

LOS NUEVOS POETAS

DOES IAEOS AL ENNN.....

Tilín, tilín, piii, tilín.
Chu, chu, frrrrrrrr...,
fr, fr, fr, fr, frrrr...
Tocó, tocotó, tocotó,
tran, tran, tran.
Tocó, tocotó, tran.
Racatracatracatá.
Paf, paf, paf.

Chucu, chucuchú,
chas, chas.
Chucuchucuchucú,
chas, chas.
Tacatracatá, chuchu,

tracatracatá, chus, chus.
Chucuchucuchucú,
chas, chas,
racatracá, paf, pof.
Buuuuuuuuuuuu...

UN AO E ECHE.

Tilín. Pif, paf, paf,
chas, chas.
30 y 3, 30 y 3, 30 y 3,
30 y 3, 30 y 3, 30 y 3,
30 y 3, 30 y 3, 30 y 3.

Chiquichiquichiquichí,

chiquichiquichiquichí,
chiquichiquichiquichí,
chiquichiquichiquichí.
Buuuuuuuuuuuuu...
PAF, PAF.
Fr, fr, fr, fr, frrrr...
Tocó, tocotó, tocotó.
Paf, paf.

30 y 4, 30 y 4, 30 y 4,
30 y 4, 30 y 4, 30 y 4,
30 y 4, 30 y 4, 30 y 4,
Piiiiiiiiiiiiii.

Chas, paf, paf.
Chucuchucuchucuchú.
Piiii. Piiii. Pi, pi, pi.

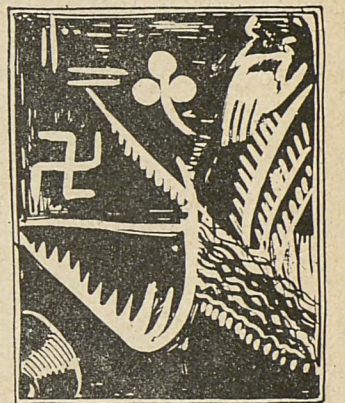
Chucuchucuchucuchú,
chas, chas.
Tocó, tocotó, to, to.
Frfrfrfrfrfrfrfrfr...
Chu, cu, chu, chu.
PAF, PAF, PAF.

TEMÍSTOCLES-NAPOLÉON GÓMEZ.

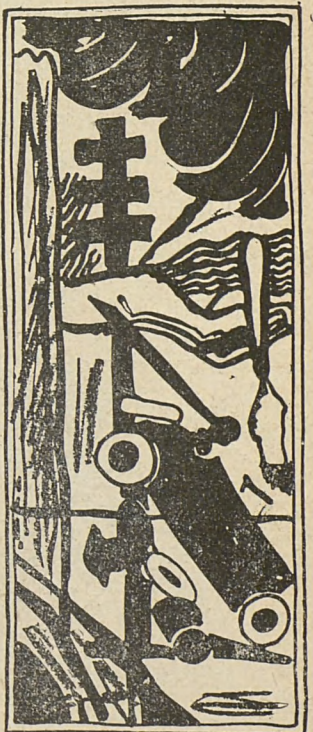
(Del libro *Fri, fru fra*, Ilustraciones de un veterinario tartamudo de Jaén.)

Nota del autor para los recitadores: Los versos hay que leerlos en voz muy alta.

(1) Para que rabie Campoamor.



La locomotora toma agua.



El maquinista y el fogonero.



El furgón de cola.



La carbonilla en el ojo.



El revisor.



Los raillos del tren.

No me haga usted de reír que tengo el labio partío

En el puente de Triana
(yo no sé con qué motivo)
hice amistad con un viejo
socarrón y descreído,
tanto que por no creer,
no creía ni en sí mismo.
El tal, cuando alguien le hablaba
de algún suceso rarísimo
que él juzgaba ser mentira,
decía en tono festivo:
—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.

Al rogarle me dijese
la razón de su estribillo,
de la siguiente manera
mis súplicas satisfizo:
—Somos todos los mortales
que en este mundo vivimos
prófugos de la verdad
y amantes de lo ficticio.
La mentira es nuestro lema,

el mentir nuestro idealismo,
y a mentir aficionados
y hasta sin querer mentimos.
Y a fin de que nadie crea
que me engaña como a un chino,
cuando me cuentan mentiras
irónico yo replico:

—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.

Y voy a citar ejemplos
que confirman lo que opino:
Cuando una buena jamona
de cuarenta años larguitos
me dice que está soltera,
porque casarse no quiso,
aunque más de veinte novios
pretendieron su cariño,
yo me la quedo mirando
y sonriendo la digo:

—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.

Cuando me dice un esposo,
por echárselas de místico,
que no falta a su mujer
y que seguirá lo mismo
hasta el momento fatal
de dar el postrer suspiro,
exclamo con entusiasmo:
—Eso es ser un buen marido;
pero... no me haga reír,
que tengo el labio partío.

Cuando me cuenta un torero
que guarda en su domicilio
más de doscientas orejas
de toros y de novillos
que le otorgaron los públicos
por las faenas que hizo,
sacándolo de la plaza
en hombros de sus amigos,
yo le respondo en seguida:
—Enhorabuena, chiquillo;
pero... no me haga reír,
que tengo el labio partío.

Cuando un anticuario experto,
inteligente en su oficio,
me dice que compra caro
y que vende baratísimo,
sabiendo yo que aquel día
por un cuadro de Murillo
le dieron cien mil pesetas
y que él compró en mil y pico,
yo le respondo en seguida
con un gesto despectivo:
—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.

Un señor que yo conozco,
cazador, sastre y modisto,
me juraba la otra noche
que jamás había mentido.
¿Cazador y no mentir?
Nunca en el mundo se ha visto.
¿Sastre y decir la verdad?
Eso ya sería un mito.
¿Modisto y cumplir a tiempo
los encargos recibidos?...
—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.

Pudiera seguir citando
casos a estos parecidos,
pero veo que el romance
me va saliendo flojillo
y quiero acabarlo aquí,
con pesar de haberlo escrito,
mas si tú, lector amable,
por regalarme el oído
me aseguras lo contrario,
que es gracioso y aménísimo,
digno de la excelsa pluma
de Lope, Rojas o Tirso,
te responderé en seguida
con mi tema favorito:
—No me haga usted de reír,
que tengo el labio partío.



—¿Y su marido?
—En América.
—¿Se han separado ustedes?
—Sí. Por el Atlántico.

Dib. PONITO. Jerez.

TOMÁS LUCENO

POESIA CON FALDAS

MARUJA VIDAL FERNANDEZ

*Maruja Vidal Fernández
es una dama argentina
vestida por el Supremo
de belleza y de sonrisa.*

*Maruja Vidal Fernández
ha recorrido la tierra
y en cada parte del mundo
dejó escrito algún poema.*

*Maruja Vidal Fernández
ha podido ver, por tanto,
que el mundo es el mismo siempre,
aquí, y en Fez, y en El Cairo.*

*La tierra, según sabemos,
chata o no chata, es redonda,
y lo que ocurre en Damasco
sucede también en Ronda:
el humor es bueno o malo;
hay quien ama y quien no ama;
unos nacen y otros mueren;
y a otros no les pasa nada.*

*Eso es lo que ocurre en Pera
y lo que ocurre en Toledo:
el que está sano, está sano
y el que no está sano, está enfermo.*

*Pero da la circunstancia
de que referido en verso,
si lo cuentas bien, parece
que es eternamente nuevo.*

*Esto de la poesía, es así: vas por
[un lado,
vas por el otro... es lo mismo:
lo dices bien, está bien;
lo dices, mal, ¡te has caído!...*

*Y como nosotros lo decimos mal,
pues más vale que cambiemos de
tonillo y escribamos en prosa lo que
sigue:*

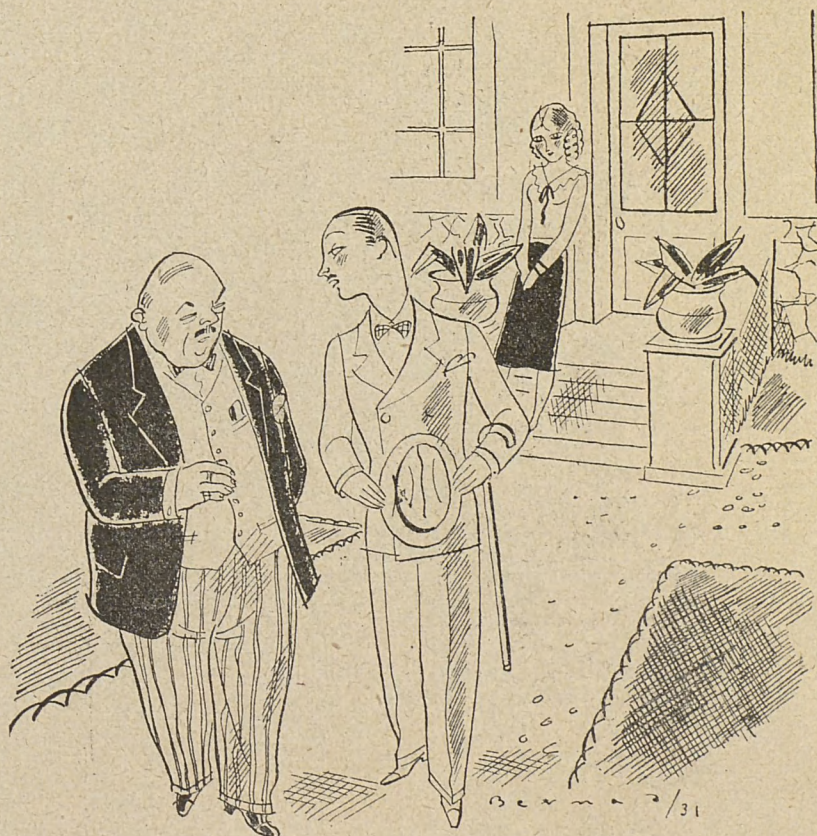
En el escaparate de una librería
madrileña, vimos de repente un día
la cabeza de una mujer: solamente
la cabeza. Nos sobresaltamos prime-
ro; luego, no; luego vimos que en
otro escaparate había otra cabeza de
la misma dama y comprendimos en-

tonces que se trataba de una obra de
escultura, no de una degollación.

Las sendas cabezas, dos; a que nos
venimos refiriendo, eran, respectiva-
mente, de yeso y de bronce; para
demostrar que la otra, la de la mo-
delo auténtica, no era de serrín, ha-
bían colocado en torno de ella un
producto de la misma: un libro de
poemas: *Látigos invisibles*.

El autor de la cabeza, el escultor
argentino Riganelli, hubo de expo-
ner ya esta obra en Madrid, en unión
de otras varias, hace tiempo. Cabeza

bella, sin duda, tenía para nosotros
el defecto de estar separada del tron-
co. Nos ha cabido la suerte, en es-
tos días, de conocer el tronco, y, en
efecto, cubierto por las yedras de un
vestido primaveral, yedra y tronco
presentaban las características ciertas
de una obra escultórica excelente,
más excelente aún que la del citado
Riganelli, pues por buen escultor que
sea el argentino escultor, no llega
ni con mucho a la modestia del acre-
ditado escultor universal Jehová



—Os aseguro que mi hija le hará a usted feliz. Ya sabe usted que
la dote es de 200.000 pesetas.

—En este caso el que me hace feliz es usted.

Dib. BERNAD. París.

cuando éste dice: «¡Allá voy! Van ustedes a ver lo que es canela!»

Resulta, pues, que esta dama, si bien lleva en su espíritu una colección de poemas suficientes para componer un libro, lleva en sí misma, por parte de padre y de madre, un poema en carne y hueso, capaz de descomponer a cualquiera que sepa ver y sepa lo que es bueno.

No crean los lectores que dedicamos floreos a la autora; queremos, con las líneas anteriores, plantear los antecedentes del caso. El caso es que esta autora, Maruja Vidal Fernández, llama a sus poemas *Látigos invisibles*... Y esto es lo que adquiere gravedad si a esa circunstancia se

le añade la de que la autora sea bella... Porque un látigo invisible no es cosa de temer si está en poder de dama cuyos rasgos visibles no nos cieguen; en cambio, la cosa varía en cuanto lo visible nos ciega o nos deja bizcos, al menos. Y este es el caso de ahora.

Por eso nuestra alarma y nuestra precaución... En esta poetisa si usa el látigo, hay, sin duda y por lo visto, una domadora. Esto es algo tan tremendo que no puede menos de imponerse a nuestro ánimo como la cuestión primordial que nos plantea el libro de Maruja. Si nos va a dar latigazos con sus versos a más de los latigazos que nos da con su pre-

sencia y con su ondulación permanente, nuestro porvenir es luctuoso; acabaremos domados: es decir, acabaremos por dejar de ser personas.

Porque esta es la cuestión importantísima que nosotros queremos plantear: ¿no hay domadoras de hombres? Hay quienes se han creído que sí; pero nosotros afirmamos lo contrario. Al hombre no hay quien lo dome, porque en cuanto está domado deja de ser hombre *ipso facto*. Hay que convertir al hombre, previamente, en animal para conseguir la doma. Eso, sí; eso sí es fácil: a un hombre se le pone en cuatro patas con facilidad extraordinaria. Y a los escritores, más: ejecutamos—como los pianistas—obras a cuatro manos con facilidad y con frecuencia. Pero, entonces, ya no hay hombre: hay un cuadrúpedo y ya no tiene gracia la doma. Lo honroso de la doma es que pueda el animal hacer cosas de hombre: sumar, multiplicar, ir en dos pies, andar en bicicleta.

El animal con la doma aprende y sabe más; el hombre, en cambio, al revés: queda con la doma convertido en animal... Por eso el amor que doma suele emplear esos nombres de «cordero», «pichón» y otros análogos, zoológicamente siempre. Es un síntoma.

Por todo lo anterior, hubimos de abrir el libro con espanto, como quien entra en la jaula, dispuesto a sentir los latigazos... A Dios gracias, no hubo tal: los versos de la autora son inofensivos: son expansiones sinceras de dolor o de ilusión; de entusiasmo o de recuerdo...

Más que látigos, espejos. El poeta lírico se mira en el papel en vez de mirarse en el cristal y allí deja unas cuantas imágenes. Nada más propio de mujer y más justificado, en fin de cuentas.

*Si poeta eres tú,
Maruja Vidal Fernández,
poeta será el libro
que nos espeje tu imagen.*



—... Sinvergüenza. ¿No me dijiste que ibas a comprar una sandía?

—Y ¿qué quieres, hija?; ¡me encontré con los amigos y no me han dejado más que una tajada!

Dib. ADALBERTO. Jerez.

MANUEL ABRIL



MADMASSEL

Por Eugenio Heltai

El día que Margarita rompió nuestra última taza japonesa tuve la maravillosa idea de romper definitivamente con las domésticas y decidí traer a casa una institutriz, una *madmasel*. Mi marido, que, gracias a Dios, encuentra excelentes todas mis ideas, aprobó con entusiasmo también aquella.

—Ilonka, tiene ya cuatro años; Pepe, tres; luego están ya en disposición de aprender la lengua francesa.

Puesto que ninguno de nosotros dos sabía francés, decidimos tomar una señorita que, fuera del francés, no hablase ninguna otra lengua. Pronto se presentó en nuestra casa la señora de la Agencia acompañada de una *madmasel*. La señora de la Agencia ejercía al mismo tiempo el papel de intérprete, pues la *madmasel* no sabía ni una sola palabra de húngaro, ni de alemán.

Dije yo a la señora de la Agencia de lo que se trataba, y aquella respetable dama tradujo mis palabras al francés. La *madmasel* la escuchaba atentamente, mientras mi marido hacía un signo de asentimiento con la cabeza, fingiendo que comprendía a la señora de la Agencia. La *madmasel* dijo tan sólo: ¡Oui!, y entonces mi marido y yo nos miramos satisfechos, pues habíamos creído que la *madmasel* había dicho «sí», pero la

señora de la Agencia hubo de dar al «sí» la siguiente traducción:

—Dice la señorita que irá a su casa con mucho gusto y que se cuidará también de los niños, pues ve que la señora es una dama muy distinguida y que el señor tiene el aspecto de un hombre bueno.

Adopté mi más encantadora sonrisa, y cuando respecto al sueldo resultó una diferencia de opinión de seis coronas, concedí a la señorita sin vacilación todo cuanto pedía.

La *madmasel*, una damita delgada, elegante y fría, con distinción, tomó nota con un sencillo movimiento de cabeza del sacrificio que yo había hecho. Después indicó a la señora de la Agencia, con cierta decidida elegancia, que ella únicamente ayudaría a arreglar los cuartos y a servir la mesa, pero que no tomaría parte en trabajos más pesados.

—Nadie pide eso a la *madmasel* —dije yo, casi indignada por aquella suposición.

Y mi marido, que es un alma sentimental, añadió:

—Nosotros consideraremos a la *madmasel* como miembro de la familia, y estará realmente como si estuviera en su casa.

La *madmasel* se dió por enterada con esta declaración sentimental, y salió luego con la señora de la Agencia, después de haber besado en la frente a Ilonka y a Pepe, que, en lugar de sentirse encantados, temblaban.

Al quedarnos solos, le dije a mi marido:

—¿Qué te parece?

—Mi marido, que tiene el mismo conocimiento de las personas que un gorrión sin experiencia, dijo con una voz de verdadero entusiasmo:

—A mí me agrada mucho. Es sencilla, seria, distinguida, muy simpática.

—A mí también me agrada —dije, sumándome a la opinión de mi marido—. Creo que estaremos muy contentos con ella.

—Indudablemente. No olvides que se trata de una joven francesa... y que los franceses son una nación seria, a pesar de todo lo que se dice acerca de la ligereza francesa.

—La única cosa que tendría yo que

decir, es que *madmasel* no parece bastante amable...

—Eso es lo que más gusta en ella —dijo mi marido—. Es callada, discreta..., esa es la mejor prueba de su buena educación. Y, además, tiene una gran ventaja, que no debemos echar en olvido, y es que habla un francés admirable.

Le miré estupefacto. ¿Cómo sabía que la *madmasel* hablaba un francés admirable?

—¡Eso es verdad! ¡Habla un francés admirable!

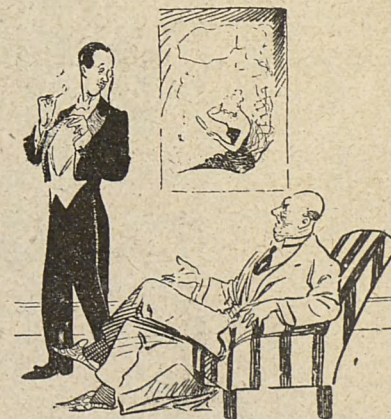
A la mañana siguiente toda la casa sabía ya que una *madmasel* francesa vendría a nuestro piso. En nuestro barrio, habitado por gentes sencillas, aquello no era una cosa corriente, y no he de negar que a consecuencia de aquella sensacional noticia comenzó a aumentar nuestra autoridad entre los convecinos. El amo de la casa, que retrasaba todos los meses la pintura del cuarto de baño, nos hizo preguntar, muy amablemente, cuándo podría presentarse el pintor. La mujer del abogado, que hasta entonces siempre había esperado

Un peluquero servicial

D. Antonio Martínez, desde muchos años peluquero de Barcelona, ha podido comprobar por sí mismo y en varias aplicaciones a sus clientes, las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que puede prepararse fácilmente en su casa, con la que se logra de modo efectivo oscurecer los cabellos canosos o descoloridos, volviéndolos suaves y brillantes.

«En un frasco de 250 grs. se echan 30 grs. de agua de Colonia (5 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Oríen» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No fíe el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.



El padre. (indignado).—No piensas en nada más que en bailar. ¿No tienes ambiciones? ¿No piensas dejar las huellas del tiempo en tus pasos por la tierra?

El hijo.—Francamente, papá; prefiero dejar las de Rolls-Royce en las carreteras.

(De London Opinion.)

a que fuese yo la primera en dirigirla el saludo, capituló su orgullo bajo los efectos de la *madmasel* y me rindió tal homenaje, que a punto estuvo de quitarse el sombrero. Ignoro si fué una casualidad, o si también aquello se lo debimos a la *madmasel*, pero lo cierto es que desde aquel día nos sirvieron mucho mejor carne en la tienda.

En tales circunstancias penetró en nuestra casa la *madmasel* un lunes memorable. Mi marido, que todos los días se va muy temprano a su oficina, pidió permiso el sábado para faltar a ella, con objeto de estar presente en la entrada de la *madmasel*. Yo me puse el más bonito de mis peinadores, y a los niños los vestí con el traje de los días de fiesta.

La *madmasel* nos saludó con un movimiento de cabeza sumamente encantador, y después preguntó cuál iba a ser su cuarto. Mi marido, que en vista de la futura e inevitable conversación había adquirido un diccionario francés, enseñóle su cuarto con ayuda del diccionario. Después de un amable «Merci, monsieur», la *madmasel* penetró en su cuarto y comenzó a sacar su ropa de los baúles.

Al principio comencé a mirar con paciencia y cortesía aquella operación; pero como no tenía trazas de acabar nunca, experimenté una especie de desaliento. ¡Pero toda esperanza resultaba vana! La *madmasel* proseguía, con una calma divina, el despliegue de sus faldas de seda, y ante la gritería de los niños, colocóse en el punto de vista de una indiferencia imponente.

En mí la rabia comenzaba a agitarse, pero ante la suplicante mirada de mi marido no declaré todavía la

guerra a la nación francesa. A mis hijos, con todas las seducciones de la elocuencia húngara, les prometí cosas que hubieran arruinado a un millonario. Sobre esta base volvió la paz de nuevo, y la *madmasel*, con una sonrisa de reina, hizo la observación siguiente:

—¡Parece ser que los pequeños son malos!

(Mi marido lo tradujo sirviéndose del diccionario.)

Escuchamos aquel severo juicio con una sonrisa molesta, mientras la *madmasel* continuaba vaciando los

DROCREMA
ALMENDRAS

EL SABON POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



Así estará usted más entretenido, viéndonos trabajar...

(De The Humorist.)

baúles con un orgullo olímpico. Cuando le llegó la vez a la ropa íntima, mi marido, que es muy pudoroso, salió de la habitación, y yo le seguí.

—¿Qué te parece?—le pregunté, después de un silencio—. ¿Te sigue siendo tan simpática?

—Dios mío—respondió mi marido—, ¡la primera mañana!... Es preciso que arregle sus ropas...

A la hora del almuerzo la situación se hizo algo tirante... Verdad es que la *madmasel* puso la mesa, pero con una sonrisa dolorosa en la comisura de los labios. De aquel modo debieron sonreír María Estuardo sobre el patíbulo y Juana de Arco en la hoguera. El rostro de mi marido se ensombreció.

—Nos hace sentir demasiado su cultura—murmuró; y después se inclinó sobre su plato y comenzó a comer.

Reinaba el silencio.

De repente mi marido soltó su cuchara y me miró con aire asombrado y escrutador.

—¿Qué pasa?—pregunté con asombro.

—¡Nada!—respondió mi marido, y continuó comiendo.

El rostro de la *madmasel* estaba frío e impassible. Pero cuando me incliné de nuevo sobre el plato vi que la señorita sonreía. Mitad molesta, mitad animada, con una sonrisa muy extraña, con una sonrisa como la que las mujeres suelen poner solamente a los hombres...

Después del almuerzo mi marido me llamó a un rincón.

—Vamos a despedir a la *madmasel*—dijo con amargura—. Por debajo de la mesa, el pie de la cultura occidental ha querido hacer amistad con el mío... Al principio creí que eras tú..., después supuse que se trataba de una casualidad..., pero la cosa ha llegado a repetirse tres veces... ¡Era la *madmasel*!... Despidela amablemente...

Al oír aquel «amablemente» hubiera querido saltar; pero soy una mujer tranquila y no me gustan las disputas. Rogué, pues, amablemente, a la *madmasel* que se fuese.

La *madmasel* hizo con la cabeza un movimiento distinguido. Me había comprendido. Y había comprendido también por qué la despedía. Entró en su cuarto y volvió a meter tranquilamente todo en sus baúles; después escribió en francés en un papel y se lo entregó a mi marido. Mientras yo salía con ella de nuestra casa, y para siempre, la cultura francesa, mi marido, con ayuda del diccionario, tradujo el contenido del papel:

«La *madmasel* había escrito lo siguiente:

«Si ustedes se aman, ¿para qué diablos toman una institutriz francesa?»



Correspondencia muy particular



Amado (Santander).

Su artículo, amigo Amado, a nadie aquí ha convencido. Por tanto, Amado querido, no puede ser aceptado.

B. C. M. (Pamplona).

Resulta un poco pueril su temor de hacer un mal papel en esta Redacción con sus artículos. Y para que le sirva de consuelo, le diremos que el papel no es malo... ¡Lo que, por desgracia, es malo es lo que ha escrito usted en el papel; pero no le importe: eso es un contratiempo sin importancia!...

S. D. V. (Cuenca).—Sus dibujos son una colección de churros incomedibles, por los que merece usted la censura más grasienta y el sartenazo más contundente.

P. J. E. (Granada).—Aunque a usted le parecerá seguramente que hemos hecho una tontería, le comunicamos que acabamos de admitir su festivo mamotreto y que lo vamos a publicar con un placer sólo comparable al que experimenta el casero cuando cobra y el boxeador cuando «no cobra».

T. N. L. Madrid.

No he leído animalada como «La esposa engañada».

J. B. M. (Albacete).—El «mono» nos ha parecido tal cual; pero como nos lo ha mandado usted sin el chiste correspondiente, no hemos encontrado forma humana (ni animal) de publicarlo. Y llorando como Magdalenas arrepentidas, lo hemos tenido que desplomar en el trágico osario de las cosas inservibles.

S. M. G. (Gijón).—Su artículo «La vajilla rota», ¡ya lo dice el título!, tiene muy mal arreglo. O, para hablar con más propiedad, no tiene arreglo ninguno.

Engracia (Madrid).

El asunto tiene gracia, simpatiquísima Engracia; pero está desarrollado de un modo asaz desgraciado, lo cual es una desgracia que hartó nos ha disgustado.

Cipriano Valiente (Zaragoza).

—Su cuento «El biombo de Josefina» tiene ciertos atrevidos descocos, sobre todo al final, que le hacen totalmente imposible para nuestras castas y raras columnas. Proceda usted con alguna mayor decencia y hablaremos.

Un sargento retirado (Teruel). — Entendámonos... Ya que se ha retirado usted del servicio militar, ¿por qué no se retira también de escribir cuentecillos?... ¡Se lo agradecería a usted la patria, como no tiene usted idea!... ¡Hágalo sin vacilar, y verá que no le engañamos ni un ápice!...

Orestes (Bilbao).

Ni que llores ni que cantes, te acuestes o te levantes, te alegres o te molestes, te aguantas o no te aguantas, ¡irás al cesto, ilustre Orestes!

C. T. P. (Barcelona).—¿Con que en el Japón las casas son más bajas de techo que en Europa?... ¡Y a mí qué me importa!...

Manolo (Cartagena).—Ídem de gracia en el asunto e ídem de desgracia en el desarrollo. Y por consiguiente, ídem de disgusto en un servidor de usted.

El espontáneo desconocido que aspira a que le conozcan (San Sebastián).

Si quiere usted publicar crónicas en **Buen Humor**, las tiene que elaborar una miajita mejor.

García y Morales (Almería).

El peor de los males es tratar con animales como García y Morales (¡que lo son fenomenales!)

G. S. H. (Madrid).—Sus versos son para leídos en el seno de su familia. Claro es que es probable que su familia le arroje a usted de su seno en cuanto los lea; pero eso ya no nos importa a nosotros mayormente.

Z. M. L. (Madrid).—Hacer versos a su casero, encima de no pagarle, nos parece una demasía infame que ni la Asociación de Inquilinos se atrevería a aprobar.

P. R. F. (Huelva).

El dibujo es lamentable nada más; pero el chiste es fusilable por delante y por detrás.

A. A. G. (Salamanca).—Escribe usted peor que un periodista mulato que yo conocí en mi lejana adolescencia. Y con la ventaja para el periodista de que él era sólo mulato, y usted es «mu latoso».



Ya sé por qué no pican; como llueve, se han ido debajo del puente a guarecerse...

(De Everybody's.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

En el Juzgado.

El juez.—¿Cómo, después de haberla juramentado a usted, me dice que tiene veinte años, teniendo treinta?

La acusada.—Usted me perdona, señor juez; pero es que otras veces me preguntan por la edad antes de tomarme juramento, y creí que usted no me lo hubiese ya tomado.

Kardorrozas (Llanes).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

El juez.—Sentencio al procesado a presidio para toda su vida.

El procesado.—Sí, señor juez; pero yo creo que debe descontarme el tiempo que he estado preso durante el proceso.

A. B. C. Jaca.

Pasa un vendedor de periódicos voceando:

—¡«La Tierra! ¡La Tierra!»
Pedro le dice a su acompañante:

—¿Te gusta este diario?

—En algunas cosas, sí.

—Pero ¿qué es lo que más te gusta de él?

—La sección de mercados.

—¿Por qué?

—Porque pone vino, y como

es de la Tierra, por eso me gusta.

Suere Suiresoj (Madrid).

EN EL COLEGIO

... ..
... ..
... ..
A ver tú, Arturito: ¿el octavo?

—No levantar falsos testimonios ni mentir.

—Muy bien, muy bien. Tú, Manolito: ¿el noveno?

—El noveno..., no desear la mujer de tu prójimo.

—Perfectamente, muy bien. A ver tú, Gutiérrez: ¿y el décimo?

—El décimo, el décimo..., lo vendió ayer mi padre en participaciones.

Don Picorete (Madrid).

LA FURIA DE TERESA

Fué citada por el juez doña Teresa Troncoso, porque en la calle del Pez llegó a pegar a su esposo. Preguntó a doña Teresa el juez en forma sencilla: —¿El agredir con la silla a su esposo no la pesa? —Por llevarme la contraria si me descuido lo mato. Señor juez, fué un arrebato «y por cuestión monetaria». Aparte de estas rabietas tengo una gran pesadilla: «el haber roto la silla, que me costó diez pesetas».

León Cembrano (Madrid).

—Vengo de un entierro.

—¿Había mucha gente?...

—Sí; pero ningún entusiasmo.

Benjamín López (Madrid).



No sé en qué te puedes fundar para suponer que vengo bebido...

(De Life.)

—¡Hombre, tienes reloj!
—Sí.
—¿Y cuánto te ha costado?
—No he podido preguntar el precio, porque cuando lo tomé no había nadie en la relojería.

Vocal (Castellón).

—¿Cuál es el colmo de un herrero?

—Hacer una cadena perpetua.

E. Marqués.

Entran dos amigos en una papelería.

El dependiente.—¿Qué desean ustedes?

El uno.—A mí deme usted dos lápices «Fáber».

El dependiente.—¿Y usted?

El otro.—A mí tres «Pitus».

Juan B. Oché (Barcelona)

—Oiga usted: ¿por qué razón me ha cobrado cuatro pesetas por las alpargatas valiendo tres pesetas?

—Muy sencillo: por la razón 3/4.

Santos M. López (Zaragoza).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

Entre dos sordos.

Sordo primero.—¿Vas de pesca?

Sordo segundo.—No; voy de pesca.

Sordo primero.—Creí que ibas de pesca.

Jesús de la Barrera (Madrid).

—¿Cuál es el planeta más rico?

—La luna.

—¿Por qué?

—Porque tiene cuartos.

S. Terceño (Reinosa)

Un individuo, provisto del más espantoso pánico, y teniendo que someterse a delicada operación quirúrgica, penetró en el hospital para este fin. Como llevó esperando turno largo rato, llegó a dormirse en el asien-

to, soñando que le estaban ya operando, y que, al coserle la herida, exclamaba: «¡Ay...! con hilo doble, ¡no! ¡¡Con hilo doble, no!!»

En este momento le despiertan agudos gritos de una joven, que de lugar inmediato partían.

Exclamando él al volver en sí:

—Pero ¿es doble? Ah, no: ¡¡«triple»!!

Jesús Delgado (Ribadesella).

—¿En qué se diferencia un tintorero y un músico de flauta?

—¿...?

—En que el tintorero «tiñe» y el músico de flauta «tañe».

Yo (Tetuán)

En un examen.

El profesor.—Pedro, ¿sabrás decirme qué es vino?

El alumno.—Un líquido que lo bautizan.

Profesor.—¿Cómo!...

Alumno.—No se extrañe: mi padre siempre dice que el vino lo bautizan con agua.

Baolo (Barcelona).

—La idea de la eternidad es tan extraordinaria, que la mente humana no puede concebirla—decía un comerciante.

—Oiga usted, caballero—gritó una voz de entre los oyentes.—¿Ha pagado usted alguna vez 700 duros por un piano comprado a plazos?

Totino (Bilbao).

¿Qué mala suerte tiene el conde!...

—Hija, ¿te has enterado que el conde está de cacería?

—Sí, hija, me he enterado.

—¿Y te has enterado de los patos que ha cazado?

—Sí, también me he enterado. Lo que no me entero nunca es de cuando caza una pata.

L. Sibrana (Tauima).

En el Instituto.

—¿Cuántas clases hay de poesías?

—Tres: poesía lírica, poesía dramática y poesía...

El alumno vacila y el catedrático le dice para ayudarle:

—Poesía épi...

—¡Ah, sí! Poesía epidémica. Licenciado San Román.



El guardia.—Conque tocando ¿eh? Haga usted el favor de acompañarme.
El músico callejero.—Con mucho gusto. ¿Qué va usted a cantar?

(De Candide. París.)



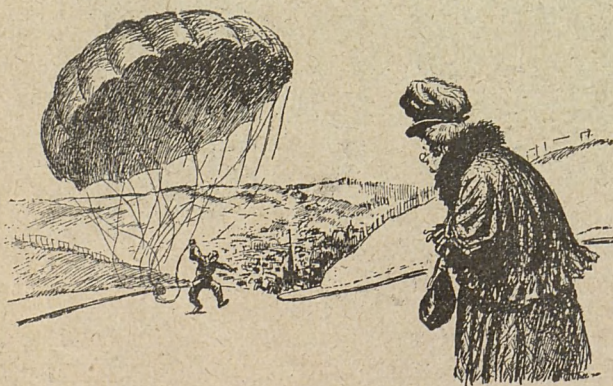
ES LA

CREMA DE AFEITAR

VARON DANDY

Si Vd. conoce el valor del tiempo, si aprecia Vd. lo que vale un minuto, y si calcula los minutos que ahorra usando CREMA DE AFEITAR «VARON DANDY», no es fácil que jamás emplee jabones u otros productos que malgastan su tiempo y lastiman su epidermis.

Perfumeria Parera
Badalona



La señora miope.—Lloviendo, con sombrero nuevo y sin paraguas...

(De The Humorist.)

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

CUPON

Correspondiente al núm. 494 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

BARCELONA
HOTEL
BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

PENSION
FRASCATI

Cortes, 647
Teléfono 11642

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios. Pension
desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

De primer orden para
familias distinguidas y
extranjeros. Trato
esmerado. Baños,
ascensor, Pension
desde Ptas. 12'50.
Cubiertos Ptas. 3'50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

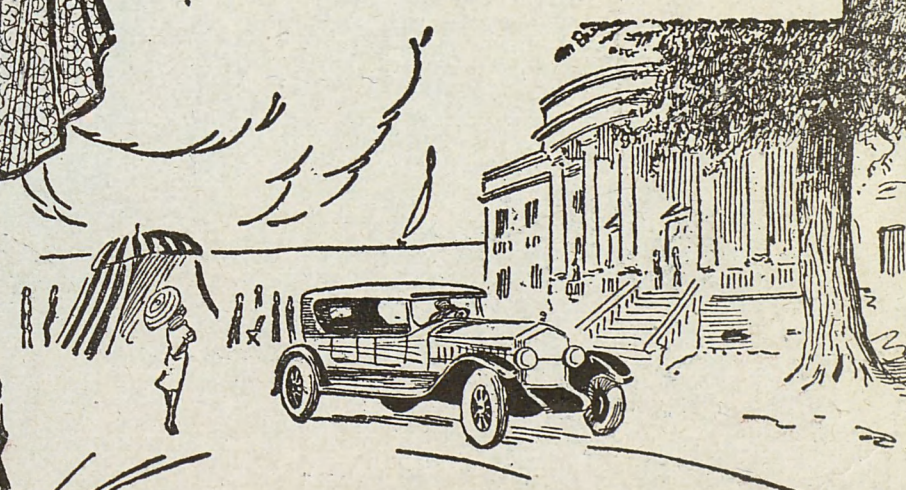


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

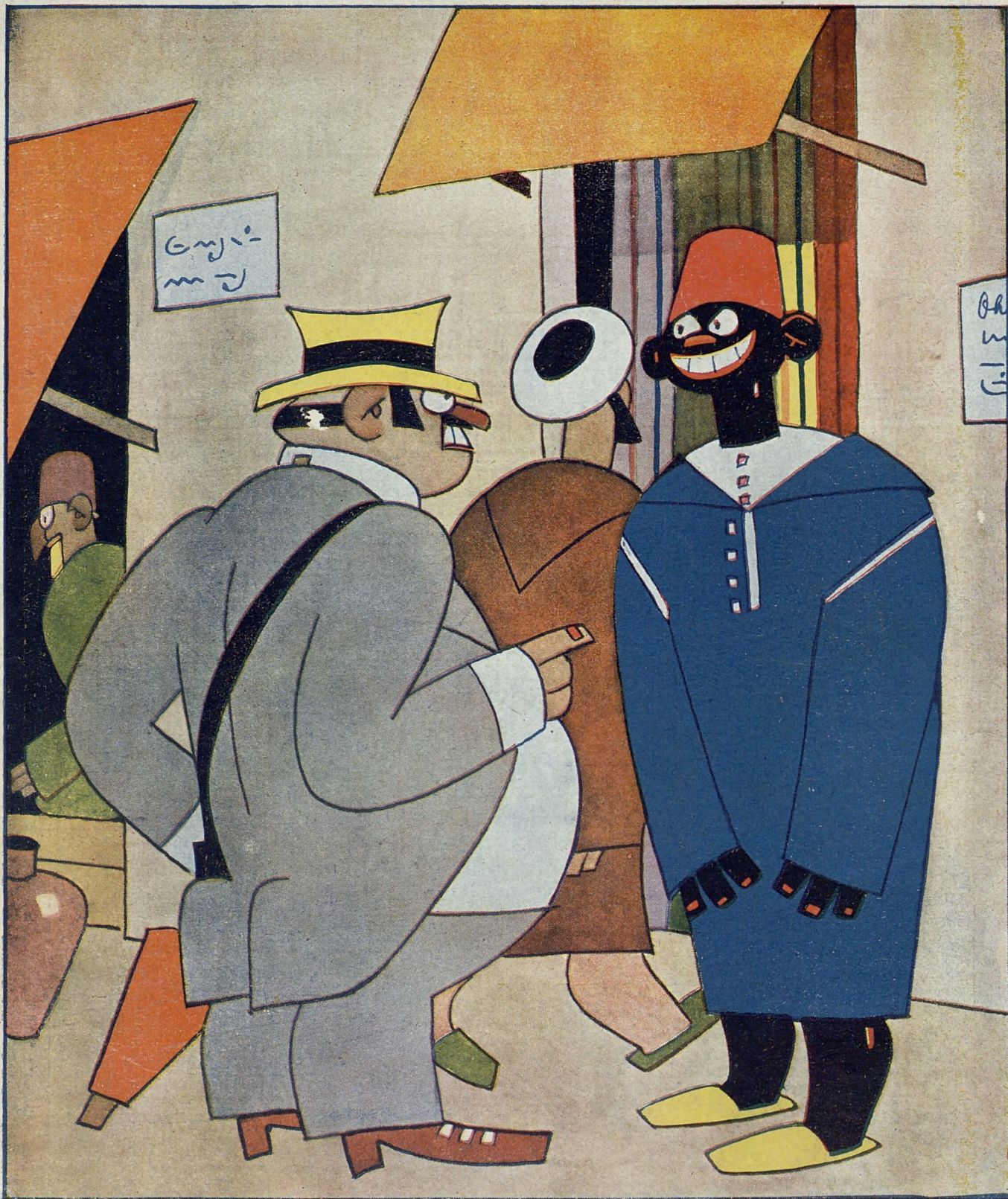
NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE «LIDA», PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN-ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—Oye ; entre vosotros, los negros marroquíes, ¿no hay antropófagos ?

—Sí, pero no tengas cuidado, «paisa», que el Corán nos prohíbe comer carne de cerdo.

Ayuntamiento de Madrid Dib. GARRIDO. Madrid.